

Salmo 126:1-6

Salmo 126 Primero predicado Adviento 2, 1991. Adviento 3, 2015

Sofonías 3:14-18^a; Filipenses 4:4-7; Lucas 3:7-18 5, 421:1-4; 421:5-8; 420.

“Cuando Jehová hizo volver de la cautividad a Sión, fuimos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se llenó de risa y nuestra lengua de alabanza. Entonces decían entre las naciones: «¡Grandes cosas ha hecho Jehová con estos!».
¡Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros! ¡Estamos alegres! ¡Haz volver nuestra cautividad, Jehová, como los arroyos del Neguev! Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla, pero al volver vendrá con regocijo trayendo sus gavillas.” (Psalm 126:1–6, RVR95)

Larguísimo ha de haber parecido el tiempo para los Hijos de Israel durante los 70 años de exilio, bajo dominio extranjero y pagano, lejos de su patria. ¡Cuántos de ellos han de haber estado cerca a la desesperación! La tristeza llenó sus corazones cuando añoraban la tierra prometida que habían perdido. En otro salmo expresaban bien su tristeza durante esos años de espera. "Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sion".

Ciertamente no fue el menor motivo de su tristeza la conciencia de que fueron sus mismos pecados los que habían producido la gran derrota y la opresión del destierro. Al menos una remanente de los Hijos de Israel ya lamentaba la idolatría y la desobediencia que habían traído sobre ellos el merecido castigo. Pero para que en su tristeza no se desesperaran, Dios había profetizado el regreso de los exiliados, que después de 70 años, ya no permanecerían en el exilio, sino serían libertados para volver a su amada patria para reanudar allí su servicio a Dios en el monte Sion, en su santo templo.

Es de este regreso de los exiliados de Babilonia a la tierra de Canaán de que nuestro texto habla en primer lugar. En sus largos años de espera, esto parecía algo imposible. "**Cuando Jehová hiciere volver la cautividad de Sion, seremos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se llenará de risa y nuestra lengua de alabanza**". Cuando Ciro, el emperador de

Persia, dio el decreto de que los judíos podían volver a casa, volver a cultivar sus tierras, reconstruir su ciudad y el templo, ha de haber parecido como un sueño, algo irreal. Pero pronto estaban en camino. Dios demostró su poder y su fidelidad a las promesas liberando al mismo pueblo que había abatido y castigado por su pecado.

Pero esta liberación de los judíos de su cautiverio también nos retrata otro gran cautiverio y una liberación aun más grande. Nosotros, a causa de nuestro pecado, perdimos nuestra herencia celestial. Nos hicimos esclavos del diablo y de nuestras pasiones y deseos. Nuestra vida se caracterizaba de tener el temor de la muerte y así estar toda la vida sujetos a servidumbre. ¿Quién se puede librar del poder de la muerte? ¿Y quién tiene la conciencia limpia, de modo que no tiene que temer el destierro y el castigo eterno que viene después de la muerte? ¿Quién no se encuentra, aunque sea contra su voluntad, haciendo, o al menos pensando lo malo? ¿Y cuántas veces no nos encontramos haciendo, con el consentimiento de nuestra voluntad, lo que sabemos es malo! Verdaderamente, nuestro cautiverio fue profundo, y por nosotros mismos y nuestros esfuerzos, no tuvimos cómo volver a la patria celestial que habíamos perdido, ni cómo librarnos del pecado y la muerte.

Sin embargo, como en el caso de Israel en su destierro en Babilonia, cuando llegó el debido tiempo Dios también nos libró de nuestro cautiverio. *"Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos"*. Esto es lo que celebramos en el Adviento y la Navidad. Cristo, el mismo Hijo de Dios, se bajó del cielo, para ser nuestro Libertador. Esto también es tan maravilloso que fácilmente nos parece ser un sueño. ¿Cómo será que Dios mismo debe venir en humildad, nacer en un establo, crecer y sufrir rechazo y afrenta, y finalmente morir como un criminal condenado en la cruz, para rescatar y liberar a los mismos cuyos pecados le pusieron en la cruz!

Y sin embargo es así. Cristo nació, vivió, sufrió y murió por nosotros, de modo que nosotros somos redimidos, salvos, aceptados como ciudadanos del Sion celestial, la Santa Iglesia Cristiana, y hechos miembros del reino de los cielos. Todo sin nuestro esfuerzo o contribución, solamente por la gracia de Dios. Nosotros tenemos que unirnos al cántico de Israel:

"Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; estaremos alegres".

Todo esto es ahora mismo una realidad. Sin embargo es una realidad que poseemos por fe, en espera, anhelando el gozo pleno de nuestra eterna redención mientras aquí todavía tenemos que sembrar con lágrimas. Todavía estamos en un mundo corrompido por el pecado, que ha sido convertido en lo que otro salmo llama un "*valle de lágrimas*", un lugar en que aun los hijos de Dios son sujetos a toda clase de sufrimientos y aflicciones, enfermedades y malestares. Hay también con frecuencia oposición y malentendidos especialmente a causa de nuestra fe y servicio a Dios. Así nuestro tiempo aquí en la tierra se puede llamar el tiempo de sembrar, el tiempo en que hacemos todo en espera, no cansándonos en las buenas obras de servicio a aquél que ha decretado nuestra liberación, a pesar de la oposición de los grandes enemigos que Lutero tan frecuentemente menciona en el Catecismo, el diablo, el mundo y nuestra carne. Todavía no vemos el cumplimiento de todo, el glorioso día de la siega, cuando entraremos en el granero del Señor.

Pero estos versículos acerca del tiempo de sembrar probablemente tienen una aplicación aun más estrecha. Hablan de sembrar, de llevar la semilla preciosa. Y en la Escritura es la palabra de Dios, el verdadero tesoro de los cristianos, que muchas veces se llama semilla. Los cristianos, que ya han recibido las grandes noticias de su liberación, que ya están en camino a su patria celestial, no quieren entrar solos. Desean llevar con ellos también una cosecha abundante. **"Haz volver nuestra cautividad, oh Jehová, como los arroyos del Neguev"**. Así como en el sur de Canaán, las lluvias caen en las montañas y llenan los arroyos y surcos, regenerando y haciendo reverdecerse la tierra, produciendo una abundante cosecha, los redimidos quieren que las filas de los que entran en el granero espiritual al final de los tiempos sean amplias, que el número de los salvos sea una gran muchedumbre. Y con ese fin no guardan para sí solos la preciosa semilla, la palabra de Dios, sino salen para buscar a familiares, amigos, vecinos, colaboradores, paisanos, inclusive extraños para compartir las buenas noticias de su liberación, que el gran Rey ha decretado su perdón, que hay lugar también para ellos en la patria celestial.

Pero al hacer eso, deseando de corazón salvar a todos, encuentran que muchos no quieren oír, se quedan indiferentes, están muy cómodos ya en su tierra de exilio, les agrada ya su servicio a Satanás, y con indiferencia o con oposición más fuerte, rechazan la misericordiosa proclamación, se quedan en sus pecados, y perecen. Es por eso que el sembrar, el evangelizar, el hablar de Cristo a los demás se acompaña tantas veces de una gran tristeza. Causa profundo dolor de corazón cuando alguien a quien amamos, miembros de nuestra propia familia, nuestros mejores amigos, no quieren oír nada de Cristo y su salvación.

Sin embargo, no desmayamos. Seguimos sembrando, aunque sea con lágrimas. Y la razón por la cual seguimos es que tenemos la promesa de Dios de que no será en vano. aunque algunos, sí, muchos, rechazan el testimonio del evangelio y no nos acompañarán al Sion celestial, a la nueva Jerusalén, algunos sí lo harán. Sólo el Señor sabe quiénes serán, pero habrá una abundante cosecha. **"Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla, mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas"**.

Así, hermanos, co-redimidos, que ya están en el camino a la patria celestial, no se cansen tampoco de clamar a todos los que encuentren en el camino, que Jehová ha hecho volver la cautividad de Sion, y no es un sueño. Llama a todos a abandonar la esclavitud de pecado, para unirse al pueblo libre de Dios. Hagan todo lo posible para que las filas se ensanchen, los arroyos se llenen, y llegue al cielo una gran muchedumbre que se alegrará de las grandes cosas que les ha hecho Jehová. Amén.